

**(La Viajera: primer capítulo)**

**PIENSA LUCÍA** que una de las cosas que más le gusta es sentir el ruido del agua. De los cuatro elementos es con el que más se siente en sintonía. El agua es origen; iniciación a sus arcanos. Lucía piensa y camina todos los días de regreso a casa, siempre bien despacio para escuchar la música que se escapa en las esquinas. Roma está llena de pequeñas fuentes donde el agua cae sin gotear; se bota a chorros; se cuela por el agujero que hay en el piso y lo va agrandando lentamente. Ella respira imaginando el líquido que corre en su interior. En verdad no le interesa esclarecer el porqué de sus aficiones acuosas. Es muy sencillo: el mundo está poblado de agua y de seres que la portan y la expulsan. Dos moléculas de hidrógeno se unen con una de oxígeno y ahí está la transparencia insípida y sin olor. Ese líquido que ahora se bota de las fuentes donde los sedientos pueden calmar su sed; los niños juegan al aguacero; y los gatos, quizás un poco más prudentes, consiguen mantener distancias. En cambio, Lucía, respira y es el agua quien le anuncia el final del recorrido. No importa si después continúan las rutinas que, de cualquier modo, son inevitables. Lo importante es que el agua se convierta en punto de referencia: antes del agua ocurrió lo mismo que después, lo que diferencia la continuación es el punto de ruptura.

Después del ruido de la fuente quedan cincuenta metros a la entrada del edificio. Entonces, la costumbre: abrir el portón, la puerta del edificio, recoger la correspondencia. El buzón siempre está lleno de papeles, aunque nadie le escribe. Así,

pensando, sube al ascensor mientras juega con la llave entre los dedos. Llega su piso: abrir la casa, encender la luz, tirar todas las cosas encima del sofá, correr las cortinas del balcón, e irse a la cocina. Aunque sabe que puede optar por la natural o la gaseosa, ella prefiere el agua de la pila. Una vieja costumbre que le quedó de Cuba. Del grifo sale el líquido y ella bebe despacio. Minutos después se va al baño a orinar (aguas menores, dicen algunos). Los líquidos la hacen pensar. Lucía discurre en el hecho de que uno va llenándose de movimientos involuntarios y sin darse cuenta está todos los días repitiendo las mismas cosas. Esas cosas que antes veía en las películas y la hacían admirar la naturalidad o el desenfado con que la protagonista llegaba a casa. Claro que en el filme la protagonista sólo lo hace una o dos veces, el resto son escenas distintas. Del lado de acá de la cámara, sin embargo, estas escenas se van repitiendo una y otra vez, y es por eso que nunca ve en el espejo la cara con que la protagonista se miraba.

Lucía le hace un guiño a su imagen y comienza a quitarse el maquillaje (el mundo femenino está lleno de algodones coloreados). Limpia su rostro con agua de rosas y antes de desnudarse abre la ducha. Aunque sea invierno, ella necesita humedecer la piel. Piensa que quizás sea otra vieja costumbre que le quedó del trópico, y sonrío. Es como un rito. En las mañanas lo primero que hace es darse una ducha, y luego otra al regresar del trabajo. Hay períodos ocasionales en que esta actividad puede volverse incontrolable, una especie de asidero. El agua tiene que correr y arrastrar los viejos olores, los

cansancios precedentes, los minutos consumidos. Funciona como un pacto consigo misma, o quizás simplemente es incapacidad de reacción. En la reacción a veces se encuentran las verdaderas causas del fenómeno. Sólo que ésas a Lucía no le importan.

Por esta vez basta con la segunda ducha del día. Se envuelve en la bata de baño y sale con el pelo aún mojado, es agradable sentir el frío de las gotas en el cuello. En la cocina, prepara un gin-tonic, con muy poca ginebra, y alcanza lo que, en su lenguaje más privado, denomina “la perfección”. Hay un instante del día que pertenece solamente a ella. Una pequeña concesión en la avalancha cotidiana. Bruno llegará en una hora aproximadamente. Ella está sola y bebe despacio sabiendo que un rato después irá a lavarse los dientes, como siempre. A Bruno no le gusta que beba, y ella sabe que no debe hacerlo, pero un trago ligero no puede hacerle daño a nadie. Lucía sonríe. Hubo un pasado en que no sólo existía la necesidad del agua redentora: agua bendita o aguardiente, a veces daba igual. Ella bebe un sorbo y piensa que sus problemas con el alcohol son cosa del pasado. Esto se lo debe, en parte, a su marido. Sólo que Bruno aún no llega y ella se regala este único trago en solitario, mientras se tira en el sofá encendiendo la televisión.

Los canales pasan aburridos, siempre con gente que sonríe estúpidamente y productos que de tanto verlos te convences de la necesidad que tienes de usarlos. El único noticiero que encuentra está en las últimas informaciones; pero el deporte nunca ha llamado su atención. Además, los deportistas siempre tienen la cara sudada y no saben hablar. Lucía hace una mueca viendo la cara del idiota que sonríe del lado de allá de la pantalla. Es temprano aún, con buena suerte podrá empatarse con un noticiero antes de la cena. En tanto,

suprime el sonido y decide dar un vistazo al montón de papeles recogidos en el buzón. Siempre lo mismo: publicidades varias, facturas a pagar, ventas con rebajas. Leer la publicidad puede resultar, si te lo propones, divertido. Lo que a Lucía le hace gracia es cómo todos comienzan con el “querida señora”: “Querida señora, le proponemos el aparato fundamental para estar en forma”. Una especie de pedales donde simulas que caminas, aberrante. ¿Para qué tendrá que comprar algo que simule los procesos naturales? Como si no fuera más fácil caminar. Un día de éstos inventan el corazón artificial para que las personas sanas de corazón ahorren energía en los latidos. ¡Bah! Factura del gas y del teléfono. Propaganda política. Lo más gracioso es alzar la vista hacia el televisor y encontrarse con unas galleticas de chocolate que parecen muy sabrosas. A Lucía se le hace la boca agua. Levanta el vaso en ademán de brindis y piensa que muy bien podría comérselas todas y luego comprar el aparato para estar en forma. Como proceso resultaría muy lógico. Te mantienes todo el tiempo entre dos aguas, incapaz de saber qué quieres verdaderamente. La incapacidad de tomar decisiones es una de las enfermedades más modernas; pero eso a Lucía ahora no le importa. Aparta la vista de la pantalla y se dispone a terminar la clasificación de los papeles. A la derecha, los destinados a la basura, y a la izquierda, las facturas a pagar. Al final del paquete encuentra un sobre azul con letras rojas. Lucía se incorpora brúscamente. Están escritos su nombre y dirección, y el matasellos dice: Grecia. Siente que la temperatura de su cuerpo comienza a subir. Es invierno, pero

cuando se pone nerviosa una línea de pequeñas gotas de sudor se forma encima de su boca. A Bruno esto le hace gracia. A ella simplemente la pone nerviosa, aunque ahora quizás está sólo inquieta. Conoce perfectamente el nombre del remitente, o mejor: la remitente. Las letras rojas y el sobre azul son una marca. Más claro, ni el agua. Lucía apaga el televisor y abre el sobre.

Bruno llega una hora después y, como de costumbre, los primeros quince minutos están dedicados a los lamentos: “el tráfico de esta ciudad es insoportable”, “los choferes no saben manejar”, “las calles están cerradas por las reparaciones de fin de siglo”. Media hora más tarde ya están cenando. Lucía sirve una copa de vino a su marido y, sonriendo, vierte un poco en la suya. Terminada la cena se levanta para preparar el café y mientras espera se sirve otro trago corto. Bruno la observa arqueando las cejas y ella le devuelve una sonrisa estúpida, dándose la vuelta para apurar el vino. Sirve el café en silencio y vuelve a sentarse frente a un Bruno que comenta los sucesos del día, aunque Lucía apenas lo escucha. Cuando sólo queda la vajilla vacía encima de la mesa, Bruno cierra la botella de vino y se incorpora haciendo un gesto gracioso antes de irse al baño. Ella espera hasta que comienza a sentir el agua correr del lado de allá de la pared y entonces sirve otro trago que bebe con calma.

- ¿Más? – dice Bruno parado junto a la puerta, de regreso del baño.

- Es sólo un poquito, es que... hoy tengo ganas – responde ella dirigiendo la vista hacia su copa y aunque no puede ver el rostro del hombre, siente la mirada interrogante. Entonces las

gotas de sudor comienzan a aparecer en el lugar del bigote. Lucía suspira y alza la vista.

- Circe escribió. Sigue en Grecia.

Bruno a veces sorprendía por su inmutabilidad. Pronuncia un “¡Ah!” un tanto desganado, da unos pasos hasta alcanzar su copa, sirve el vino despacio y vuelve a recostarse junto a la puerta.

- Grecia... hace más de un año que esa mujer se fue. No me digas que tiene problemas y quiere regresar. Es capaz de aparecerse con cuatro hijos y un elefante.

- Sólo escribió para decir que todo va bien.

Él suspira y, terminando de beber, se aleja de la cocina. Lucía sabe que irá al televisor a buscar algún noticiero e intentará por todos los medios no tocar más el tema. Está más que convencida de que podrá permanecer sentada allí, desde donde se escuchan las voces de la caja de imágenes provenientes de la sala. Entonces se levanta para llenar definitivamente su copa. Sabe que no debe beber, pero no puede evitarlo. Al menos no en este momento.

Lo que Bruno no podía admitir era que la presencia de Circe en esa casa había suscitado demasiadas cosas. Muchas más de las imaginadas conscientemente. Y que su partida había sido la única salida para no dañar a la pareja hospitalaria, porque Bruno, sin saberlo, había caído en la trampa de la fascinación. De ese extraño sentimiento que te atrae hacia una persona que resulta incomprensible y trastoca ese real absurdo cotidiano. Él nunca quiso admitirlo, pero a Lucía no le importa.

Ni eso, ni lo demás. Lo que le preocupa realmente, y no es exactamente una preocupación, sino simple curiosidad, lo que en realidad provoca sus ganas de beber y sus pensamientos, es la curiosidad por saber qué ocurrió con Circe después que partió de Roma. Cómo ha vivido este tiempo, o mejor, cómo han vivido este tiempo.

Lucía se levanta, trago en mano, para dirigirse al cuarto donde coloca un disco. Cuando el *Concierto de Aranjuez* comienza a sonar, ella se sienta en el suelo.

- Ponte los audífonos, es tarde para escuchar música —, la voz de Bruno, desde la puerta, la hace alzar la vista. Ella levanta su copa en dirección al hombre y sonríe tomando los audífonos.

Él vuelve a salir cerrando la puerta. Lo que a Bruno le molesta no es la música en la noche, sino esa música. El concierto que escuchaba Circe. Lucía respira al oír la guitarra en sus oídos y entonces abre nuevamente el sobre. Ha pasado más de un año desde la última palabra de Circe y ahora puede saber de ella. Su postal lo dice todo:

“Naxos, Grecia. Diciembre 1999.

Lucía: estamos bien y seguimos respirando. Uly crece. Es grande. Tiene mirada antigua y sonrisa fresca. Yo respiro, profundamente respiro y sigo siendo feliz. Continúo andando. Saludos a todos. Te queremos.

Circe.”

Lucía devuelve la postal al sobre y cierra los ojos. Veintidós minutos dura el concierto. Tiempo suficiente para pensar.